

CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE COMERCIO Y DESARROLLO
Ginebra

INFORME SOBRE EL COMERCIO Y EL DESARROLLO, 2003

PANORAMA GENERAL



NACIONES UNIDAS
Nueva York et Ginebra, 2003

Nota

- Las firmas de los documentos de las Naciones Unidas se componen de letras mayúsculas y cifras. La mención de una de estas firmas indica que se hace referencia a un documento de las Naciones Unidas.
- Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, de parte de la Secretaría de las Naciones Unidas, juicio alguno sobre la condición jurídica de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.
- El material contenido en esta publicación puede citarse o reproducirse sin restricciones siempre que se indique la fuente y se haga referencia al número del documento. Debería remitirse a la secretaría de la UNCTAD un ejemplar de la publicación en que aparezca el material citado o reproducido.
- El panorama general contenido en el presente documento se publica también como parte del *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo, 2003* (UNCTAD/TDR/2003, N° de venta: S.03.II.D.7)

UNCTAD/TDR/2003(Overview)

PANORAMA GENERAL

Las dos décadas pasadas se han caracterizado por un cambio radical en los planteamientos y la práctica del desarrollo. Tras la crisis de la deuda y el desarrollo en la década de 1980, surgió una nueva forma de enfocar la política económica que pretendía liberar a las empresas de la intervención del Estado, que así quedarían sometidas a la acción invisible de las fuerzas mundiales del mercado. Con ello se esperaba poner término al caos macroeconómico, a los ciclos de desarrollo intermitente y a los debilitantes niveles de la deuda exterior, y así abrir el camino a una era de crecimiento sostenido y reducción de la pobreza. El desplome del Muro de Berlín hizo que esta agenda adquiriera una dimensión universal.

La agenda fue acogida con particular entusiasmo en América Latina, y con el éxito del Plan Brady se abrieron las compuertas a la entrada del capital extranjero en la década de 1990. La luz verde de los mercados internacionales de capitales animó a realizar reformas a un rápido ritmo, que atrajeron las inversiones extranjeras e hicieron de la competencia internacional el motor de un crecimiento renovado. Pero, tras unas primeras señales iniciales de éxito, han vuelto a resurgir los conocidos obstáculos estructurales. La mayoría de los países no han conseguido acelerar la formación de capital y el progreso tecnológico ni diversificar sus economías hacia sectores más dinámicos. A medida que el gasto creció a un ritmo superior a la expansión de la capacidad productiva y que las importaciones aumentaron rápidamente, la creciente dependencia del capital exterior dejó a muchos países expuestos a los choques económicos externos. En los últimos cinco años, en que los desequilibrios económicos mundiales han provocado choques de ese tipo con frecuencia cada vez mayor, América Latina ha tenido que soportar una "media década perdida", que ha recordado los frustrantes hechos de la década de 1980.

Una rápida hojeada a una experiencia histórica más amplia quizá habría servido de aviso para no proclamar la originalidad de la nueva agenda de desarrollo o alentar esperanzas exageradas. Si nos

remontamos a la década de 1920, también entonces los presupuestos equilibrados, la existencia de bancos centrales independientes, la flexibilidad de los mercados laborales y la rápida apertura a la competencia internacional prometían recuperar la normalidad. Por el contrario, con la extensión a toda la economía mundial de las corrientes de recursos financieros que escapaban a toda reglamentación, estallaron en la periferia de Europa y en ciertas partes del mundo en desarrollo ciclos de auge y de depresión que tenían en parte su origen en la inestabilidad de los ingresos por las exportaciones de productos básicos y en las cifras cada vez mayores de deuda exterior.

Según el filósofo español George Santayana, el fanatismo obliga a redoblar esfuerzos ante el fracaso. A pesar de estar repleta de mentes críticas y creadoras, la economía también se presta a pensamientos de ese tipo. En efecto, ahora que la inflación ha cedido y que las fuerzas del mercado disfrutan de una libertad de acción cada vez mayor, se presiona más y más a los países en desarrollo para que observen una disciplina fiscal mayor, desregulen más los mercados y apliquen una liberalización aún más rápida, a pesar de que las perspectivas de crecimiento se han vuelto menos halagüeñas en muchos países y de que la pobreza ha aumentado.

En la década de 1920, cuando el "mastodonte del mercado" avanzaba a todo vapor, John Maynard Keynes pedía "ideas nuevas para una edad nueva" con "nuevas políticas y nuevos instrumentos para adaptar y controlar la acción de las fuerzas económicas, a fin de que no se interfiera de manera intolerable en las ideas contemporáneas sobre lo que es acertado y conveniente en aras de la estabilidad social y la justicia social". Para volver a poner la política económica al servicio de la justicia social y la estabilidad social urge cada vez más enfocar los retos del desarrollo con criterios imparciales, tolerantes y pragmáticos, acordes con la creciente interdependencia del mundo actual.

Tendencias y perspectivas mundiales

Es este un momento de gran ansiedad para la economía mundial. La tan esperada recuperación de la economía estadounidense sigue retrasándose, y causa preocupación que los desequilibrios y excesos creados durante el auge del sector de las altas tecnologías de la década de 1990 puedan desencadenar un largo período de crecimiento errático y flojo, con repuntes y caídas ocasionales, acompañado de una deflación de precios. Con Europa sin decidirse sobre la combinación más adecuada de políticas fiscal y monetaria para alcanzar una recuperación sostenida, y el Japón incapaz de encontrar tal combinación, la economía mundial parece abocada a repetir el débil crecimiento de los dos años pasados e incluso podría tambalearse severamente.

Las consecuencias negativas para las economías en desarrollo, incluso las más resistentes son inevitables. Unas condiciones políticas más brillantes deberían ayudar a evitar que se repita la recesión del año pasado en América Latina, pero la recuperación, en su caso, será anémica y frágil. De África se puede decir que está últimamente aislada de los efectos de las tendencias mundiales, pero la persistente debilidad de los precios de muchos productos básicos significa que posiblemente no será capaz de repetir su tasa de crecimiento de los dos años anteriores. En vista del nivel actual de la cooperación para el desarrollo y de las insuficiencias estructurales apreciables en toda la región, ahora se está cada vez más de acuerdo en que será imposible alcanzar los objetivos de desarrollo del Milenio, incluso situándose en la hipótesis más optimista sobre el crecimiento de la economía mundial. Asia ha sido capaz hasta hace poco de mantener su ritmo de crecimiento gracias a la demanda interior, a las exportaciones a los Estados Unidos y al boyante comercio intrarregional, pero es seguro que el crecimiento en esta región va a ralentizarse.

La caída del crecimiento que padece la economía mundial fue precedida, a finales de la década de 1990, por un optimismo generalizado, pero equivocado, acerca de la naturaleza y sostenibilidad de la expansión de la economía estadounidense como el

motor más importante del crecimiento mundial. Esto ya quedó señalado en la edición de 2000 del *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo*, justo cuando la economía mundial aún avanzaba a todo vapor y muchos analistas pensaban que la economía estadounidense se había liberado del cambio de signo inexorable del ciclo económico:

"Casi todas las previsiones de una expansión mundial ininterrumpida se basan en la hipótesis "áurea" de que la economía de los Estados Unidos no se recalientará ni se enfriará demasiado, permitiendo que Europa y el Japón crezcan y apoyen una recuperación sostenida en América Latina y Asia. A la hora de aquilatar las previsiones de un crecimiento mundial acelerado, conviene recordar que las situaciones doradas sólo son propias de cuentos de hadas."

En efecto, los factores que ayudaron a la economía estadounidense a reactivarse han acentuado también la fragilidad financiera y los desequilibrios mundiales. En consecuencia, y como ya se anticipaba en el *ICD* de 2001 a raíz de la fase presente de descenso del crecimiento, desentrañar el legado de la década de 1990 está resultando una labor mucho más difícil de lo que muchos pensaban:

"Muchos esperan que la breve contracción keynesiana en los Estados Unidos pueda corregirse con las adecuadas medidas monetarias y fiscales. ... Sin embargo, aunque se mantenga la firme dirección política de los últimos años, es dudoso que las políticas macroeconómicas tradicionales acaben imponiéndose, dado el elevado nivel de endeudamiento privado, el exceso de inversiones durante el auge tecnológico y las incertidumbres que subsisten con respecto al dólar. ... La inexistencia de precedentes recientes de un período tan prolongado de expansión debería obligar a la prudencia a la hora de enjuiciar la actual desaceleración de la economía. Sin embargo, las distintas presiones contrastantes apuntan a un futuro incierto."

Por ejemplo, a pesar de los agresivos recortes de los tipos de interés decididos por la Reserva Federal, la inversión no se ha recuperado, ya que la utilización de la capacidad sigue siendo baja no obstante el "achatarramiento" de los bienes de equipo excedentarios. La economía ha evitado hasta ahora un período más prolongado de recesión gracias a que sigue creciendo el gasto de consumo, que ya estaría perdiendo impulso. La capacidad de Europa de responder con energía a la caída actual del crecimiento sigue estando comprometida por las restricciones que impone a la política fiscal el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y por la orientación de la política monetaria del Banco Central Europeo. El Japón parece haber abandonado la pretensión de combatir la deflación con instrumentos macroeconómicos y, en cambio, hace hincapié en la competitividad internacional y en las exportaciones como base para que su economía crezca. En consecuencia, aunque las tasas de crecimiento han bajado en todas partes, continúa habiendo diferencias con respecto al vigor de la demanda entre los principales países industriales, y en este terreno la economía estadounidense sigue estando por delante del Japón y la Unión Europea.

Como las medidas de política económica que se adoptan para hacer frente a la morosidad y desigualdad del crecimiento son poco energéticas, se acude más y más a los ajustes monetarios para reducir los desequilibrios comerciales y reactivar el crecimiento. El menor atractivo que encierran los valores estadounidenses para los inversores extranjeros más el persistente aumento del déficit por cuenta corriente de los Estados Unidos han generado presiones a la baja sobre el dólar. Ahora bien, hasta el momento estas presiones se han reflejado sobre todo en una rápida depreciación del dólar frente al euro y en una cierta corrección de la anterior depreciación de las monedas de diversos países latinoamericanos, en tanto que las economías del Asia oriental, entre ellas el Japón, han conseguido contener la apreciación de sus monedas interviniendo en los mercados de divisas y acumulando cuantiosas reservas.

Puesto que el grueso del déficit comercial de los Estados Unidos lo tienen con los países del Asia oriental, no está claro si los

recientes movimientos monetarios reducirán los desequilibrios comerciales entre Asia y el resto del mundo en vez de agravarlos. De hecho, los acontecimientos de los últimos meses nos retrotraen a las devaluaciones competitivas del período entre las dos guerras. Desde luego, sería muy poco realista suponer que el sistema comercial internacional va a evolucionar en la dirección adecuada o que la estabilidad monetaria internacional va a continuar cuando el crecimiento es lento y el desempleo aumenta. El regreso a la situación de competencia y conflicto ingobernable característica de la década de 1930 podría hacer descarrilar completamente el proceso.

Los distintos países en desarrollo no están preparados por igual para afrontar estas condiciones cada vez más inestables. La debilidad de la demanda mundial de los dos años últimos sólo ha tenido un impacto limitado en el Asia oriental a pesar de la dependencia de esta región de las exportaciones, en gran parte porque las sólidas posiciones macroeconómicas y de la balanza de pagos de los países de la región han dejado un margen de maniobra considerable para que la expansión de la demanda interior impulse el crecimiento, a lo que hay que añadir los fuertes lazos comerciales intrarregionales.

La mayoría de las economías latinoamericanas, que afrontan posiciones de pagos muy difíciles, no gozaron del mismo margen de maniobra para decidir sus políticas económicas. En esos países el descenso del crecimiento de la economía mundial agravó sus dificultades financieras externas, y sus políticas macroeconómicas buscaron sobre todo reducir el déficit por cuenta corriente y dar seguridades a los mercados financieros. Mientras que las economías asiáticas obtuvieron cuantiosos superávits por cuenta corriente gracias a la rápida expansión de las exportaciones, la situación en América Latina en 2002 recordó a la coyuntura existente durante la crisis de la deuda de la década de 1980. La región no recibió prácticamente ninguna entrada neta de capital privado en 2002 después de haber sido la mayor receptora en 2001, y se ha visto obligada a soportar una caída de la producción junto con un superávit comercial y unas transferencias netas al extranjero, producto enteramente ambas cosas de los recortes de las importaciones.

Mientras que las perspectivas para el Asia oriental y, en menor medida, para África dependen de cómo evolucione el entorno de su comercio exterior, en el caso de América Latina las condiciones financieras son igual de importantes. En los últimos meses los rendimientos extremadamente elevados de las acciones y los bonos, y la mejoría de la situación política en algunos países de esta última región, combinados con fuertes bajas de aquellos rendimientos en los países industriales, han estado atrayendo capitales especulativos a corto plazo, lo que ha originado la apreciación de sus monedas en un momento en que las perspectivas económicas mundiales empeoran y las entradas de capital a largo plazo en la región disminuyen. Es muy poco probable que las entradas de capital a corto plazo anuncien el comienzo de otro aumento cíclico de las corrientes de capital privado hacia la región, como ocurrió en la década de 1970 después de un largo período de estancamiento o en la de 1990 después de la crisis de la deuda. Estos aumentos repentinos de las corrientes de capital privado hacia América Latina en la posguerra fueron totalmente peculiares de esta región y resultado más de las medidas expresamente adoptadas frente a determinadas circunstancias mundiales que parte de un patrón cíclico recurrente. El primer aumento se produjo como consecuencia de la desaparición del sistema de Bretton Woods y la consiguiente desregulación del sector financiero en los países industriales y el reciclado de los petrodólares. En cuanto al segundo aumento, el Plan Brady, cuyo objeto era descargar a los bancos estadounidenses de los créditos morosos, creó las condiciones para el incremento de las corrientes de recursos financieros, que además se vieron alentadas por la política gradual de liberalización y privatización de la región. No existe ninguna garantía de que vaya a producirse otro aumento repentino de las entradas de capital, y desde luego no en las elevadas cantidades alcanzadas durante la década de 1990.

Además se abriga la esperanza de que la ronda de negociaciones comerciales de Doha, si concluye con éxito, refuerce la confianza y dé un empujón a la economía mundial al hacer del comercio el motor del crecimiento. Por supuesto, el comercio internacional cobró un fuerte impulso hacia finales de la década

de 1980, llegando a crecer mucho más deprisa que la producción hasta comienzos del nuevo milenio, cuando cayó no sólo por detrás del crecimiento de la producción mundial sino también en términos absolutos. Aunque se prevé que el comercio se recupere en 2003, existe también el peligro de que las extrapolaciones resulten optimistas. El crecimiento del comercio mundial durante la década de 1990 obedeció a una serie de cambios estructurales e institucionales que muy probablemente no se repetirán, por lo menos con la misma intensidad. Esos cambios incluyeron la rápida liberalización de las importaciones en los países en desarrollo; la difusión de las redes internacionales de producción con respecto a algunos de los productos más dinámicos del comercio mundial, lo que se tradujo en una rápida expansión del comercio intraindustrial con un fuerte componente Norte-Sur y en un tráfico de carrusel ("*round tripping*") y la doble contabilización de las mercancías al efectuar mediciones del comercio mundial; y el rápido incremento de las entradas de capital, que contribuyó a impulsar el comercio al favorecer que las importaciones crecieran más deprisa que las exportaciones en muchos países en desarrollo. Aunque fuerzas similares podrían todavía animar una recuperación independiente del comercio, es improbable que originen un incremento como el anterior, aunque sólo sea porque carecerán del mismo potencial de impulso inicial. En las condiciones actuales, las posibilidades de que el comercio crezca rápidamente y de que avance aún más la liberalización dependerán fundamentalmente de la rápida recuperación de la demanda y la producción en la economía mundial, en vez de que se produzca la situación contraria.

La economía mundial afronta actualmente una creciente brecha deflacionaria creada por la insuficiencia de la demanda mundial. Existe una situación mundial de saturación tanto en los mercados de trabajo como en los mercados de productos que hace que haya demasiadas mercancías para demasiados pocos compradores y demasiados trabajadores para demasiados pocos puestos de trabajo. La intensa competencia en lo que se refiere a precios y tipos de cambio entre los principales exportadores agrava la inestabilidad y las presiones deflacionarias, en tanto que muchos países en desarrollo que

afrontan situaciones de pagos apretadas se ven obligados a reducir sus importaciones. Estas dificultades son similares a los problemas para cuya resolución se crearon precisamente las instituciones de Bretton Woods. Si no se toman medidas decididas para restablecer la estabilidad de los mercados financieros y cambiarios, poner en marcha la recuperación de la economía mundial y corregir el rápido aumento del desempleo, existe la amenaza real de que los desequilibrios comerciales y la combinación de un crecimiento rápido continuado en algunas partes del mundo y de estancamiento, debilidad y pérdidas de puestos de trabajo en otras hagan aumentar el descontento que existe con la mundialización en un amplio sector de la población mundial, lo que podría desencadenar una reacción política negativa y una pérdida de fe en los mercados y en la apertura de las economías y llevar a una desintegración de la economía internacional que haría recaer una parte excesiva de la carga sobre los pobres y los desfavorecidos. Quizás sea esta la primera prueba real que tendrán que pasar las políticas económicas en el mundo globalizado que ha sucedido a la era de Bretton Woods.

Inspiradas en la ortodoxia fiscal y monetaria, las medidas aplicadas hasta el momento en algunas de las principales economías no han bastado para lograr un equilibrio mejor, a pesar de que las presiones inflacionarias han desaparecido y de que el desempleo vuelve a aumentar. En efecto, con unos precios que ya están disminuyendo en algunas de las mayores economías desarrolladas y en desarrollo, el riesgo de una espiral deflacionaria preocupa cada vez más a los responsables de las políticas económicas en todos los países. Aunque sigue discutiéndose la posibilidad de que se llegue a esa espiral, sin embargo está claro que existe ya el peligro real de que surja una "trampa de liquidez" que haría que la política monetaria resultase incapaz de contener y corregir las caídas de la producción y del empleo. Es este precisamente el contexto en el cual sería del todo procedente aplicar políticas keynesianas que incrementasen la liquidez y la demanda efectiva tanto a escala nacional como a escala mundial. Para que las políticas adoptadas resultasen eficaces deberían incluir estímulos fiscales adicionales a los proporcionados por los estabilizadores automáticos: un sistema financiero y comercial

mundial cada vez más interdependiente puede a duras penas funcionar eficientemente si se utiliza un solo instrumento, la política monetaria, sobre todo si no hay el grado suficiente de coordinación y acuerdo sobre los objetivos de esa política. Las políticas que se adoptasen deberían además tener en cuenta las necesidades de liquidez y la carga de la deuda de los países en desarrollo que afrontan condiciones financieras externas severas. En consecuencia, las perspectivas de que la prosperidad alcance a todos los países dependen de la cooperación internacional y también de la intensidad de los esfuerzos que hagan ellos mismos.

La acumulación de capital, el crecimiento económico y el cambio estructural

La mayor disparidad de las tasas de crecimiento económico de los países en desarrollo en la situación actual de depresión económica mundial tiene su explicación en las diferencias que hay entre ellos en lo que se refiere a sus propias condiciones internas. En este aspecto el contraste entre el Asia oriental y América Latina es particularmente acusado. El débil crecimiento económico de la mayoría de los países latinoamericanos de renta media en comparación con los del Asia oriental lleva a pensar que sus estructuras productivas, instituciones y políticas no tienen la flexibilidad y resistencia necesarias para hacer frente a los choques externos con el mismo vigor y eficacia que los países del Asia oriental. En este sentido, el panorama económico actual del mundo en desarrollo guarda una extraordinaria semejanza con las condiciones existentes a principios de la década de 1980, cuando los choques externos, en particular la recesión generalizada en el mundo industrializado y las severas condiciones financieras, sumieron a América Latina en una profunda crisis mientras que la mayoría de las economías del Asia oriental fueron capaces de adaptarse rápidamente y continuar avanzando, tras una breve pausa, por sus sendas de crecimiento alto.

Lo que resulta quizá más inquietante es que las dificultades que conoce América Latina han surgido después de muchos años de intensas reformas basadas en los principios del mercado, aplicadas

como reacción a la crisis de la deuda de la década de 1980 con el apoyo de las instituciones financieras internacionales. Estas reformas, conocidas globalmente con el nombre de "Consenso de Washington", pretendían eliminar los impedimentos estructurales institucionales al crecimiento, aumentar la capacidad productiva y mejorar el comportamiento del comercio exterior y poner término al patrón de desarrollo a base de frenazos y acelerones asociado con el endeudamiento excesivo y las crisis periódicas de la balanza de pagos. Aunque se sostiene que esas reformas han tenido éxito en controlar la inflación e imponer la disciplina fiscal y monetaria, los datos examinados en la segunda parte del *Informe* de este año muestran que las reformas han fracasado exactamente en los mismos terrenos en que lo habían hecho también las políticas anteriores de sustitución de importaciones. Pero lo que resulta muy significativo es que el problema radica no tanto en lo que se ha incluido en los planes de reformas como en lo que se ha dejado fuera de ellos.

La inversión y el crecimiento: lo ocurrido

Entre 1960 y 1973 América Latina y el Asia oriental crecieron más o menos al mismo ritmo, y la renta media por habitante en 1973 en las cuatro nuevas economías industrializadas (NEI) de la primera oleada era inferior en 850 dólares a la de los cinco mayores países de América Latina. Después, las tasas de crecimiento comenzaron a divergir fuertemente, y así el Asia oriental creció entre 1974 y 2000 a una tasa más del doble que la tasa media de América Latina. Además, el menor crecimiento de América Latina fue acompañado de una creciente inestabilidad: en la mayoría de los países de la región el crecimiento durante el período de 1980-2000 fue más lento y menos estable que las dos décadas anteriores. Sólo Chile disfrutó de una tasa de crecimiento más rápida y sostenida, acompañada de una mayor estabilidad.

Se han dado numerosas razones para explicar por qué las tasas de crecimiento difieren según los países y las regiones. Sin embargo, hay acuerdo general en que el crecimiento no se puede mantener sin un nivel suficiente de inversiones. Desde luego, tal como se ha

expuesto en anteriores ediciones del *ICD*, un volumen elevado y sostenido de inversiones por parte de las elites nacionales, partiendo en muchos casos de cifras muy bajas, ha sido una característica clara de los períodos exitosos de desarrollo que ha habido en la posguerra. Factores propios de cada país influyen en la cantidad mínima necesaria de inversiones para alcanzar una tasa de crecimiento satisfactoria, pero se ha dicho que la inversión fija debe alcanzar como mínimo un 20% del PIB en los países más pobres, porcentaje que debe ir subiendo hasta el 25% a medida que los países van ocupando posiciones más altas en la escala de la renta por habitante.

En la primera década de 1980 disminuyó la tasa de inversión en casi todos los países en desarrollo, por lo general por debajo de aquellos umbrales, y en ciertos casos incluso por debajo de la cantidad necesaria para reponer el capital depreciado. Se suponía que los cambios drásticos introducidos en las políticas económicas en respuesta a la crisis de la deuda con el fin de restablecer la estabilidad macroeconómica, corregir las distorsiones en los precios y liberar las fuerzas del mercado mejorarían el clima de inversión y sentarían las bases para una recuperación impulsada por la inversión privada. Sin embargo, las estrategias adoptadas para poner en marcha un proceso dinámico de acumulación de capital y crecimiento, basado en combinar mayores entradas de IED con menores inversiones públicas y menos intervenciones del Estado, no han producido los resultados esperados.

En América Latina, la región donde esas reformas han llegado más lejos, ha habido una caída regular y persistente de la tasa de inversión pública, junto con un aumento de las entradas de IED, por lo general como producto de la venta de activos públicos. Sólo hubo una débil recuperación de la inversión total a partir de la segunda mitad de la década de 1980, por lo general en sectores menos productivos como la construcción de viviendas, antes de situarse en torno al 20% del PIB en la década de 1990, muy por debajo de anteriores cifras récord. En muchos países la inversión en maquinaria durante la década de 1980 se estancó o disminuyó fuertemente, para luego volver a alcanzar cifras modestas en la década de 1990. Este cambio en la

estructura de las inversiones hacia actividades menos productivas habría contribuido a debilitar la relación entre la formación de capital, el progreso tecnológico y el crecimiento del producto. Además, las condiciones que animaron a empresas extranjeras a implantarse en América Latina no han favorecido una formación de capital más rápida: en efecto, en la década de 1990 la IED expresada en porcentaje del PIB fue superior en 1,7 puntos a la de la década de 1980, pero en cambio la proporción correspondiente a la formación bruta de capital fijo fue inferior en 0,6 puntos. Esta tendencia se dio en todas las principales economías, excepto en Chile, y el resultado es el mismo si la comparación se hace con la inversión privada interior.

En las economías del Asia oriental el patrón de las inversiones fue muy diferente. El aumento de la parte porcentual de la inversión en el PIB a lo largo de toda la década de 1970 sólo conoció una breve interrupción cuando las turbulencias de principios de la década de 1980, y se recuperó vigorosamente durante la segunda mitad del decenio gracias a que las devaluaciones moderadas y las restricciones salariales temporales permitieron a estos países establecer una relación dinámica entre inversiones y exportaciones, para luego acelerarse rápidamente en el primer semestre de la década de 1990. El máximo regional del 30% del PIB se rebasó en una serie de países, en algunos casos en un margen considerable. Las inversiones en maquinaria y equipo y la expansión de la construcción de obras de infraestructura fueron dos rasgos importantes de la inversión en el Asia oriental. Este aumento de las inversiones globales estuvo asociado en la mayoría de los casos a una proporción estable o creciente de la inversión pública con importantes efectos de atracción. En algunos países como Malasia el incremento del porcentaje de la inversión respecto del PIB guarda una estrecha relación con el aumento de la IED, pero esto no fue un fenómeno común a toda la región.

No sólo cuenta el volumen o la composición de las inversiones. Si se comparan los ciclos de inversiones de las cuatro últimas décadas se llega a la conclusión de que el ciclo es mucho más inestable en América Latina que en el Asia oriental. Además, las inversiones han desempeñado un papel mucho más notable en la fase de recuperación

de un ciclo típico en la segunda región que en la primera. De ahí que en América Latina, en un ciclo típico, la recuperación de las inversiones haya durado mucho menos y que la disminución, donde se produjo, haya sido mucho más acusada. Esto quiere decir que las políticas anticíclicas han ganado importancia en América Latina, aunque su alcance es limitado a causa de la mayor fragilidad fiscal y monetaria.

La industrialización y la desindustrialización

La experiencia histórica de las economías avanzadas muestra que establecer una base industrial interna amplia y robusta es la clave de un desarrollo con éxito por las posibilidades que encierra de obtener un crecimiento elevado de la productividad y de la renta. Este proceso va unido a una fuerte actividad inversora en la industria, un rápido aumento de la productividad y una participación cada vez mayor del sector industrial en el producto y el empleo totales. A medida que la economía de un país madura, el crecimiento de la demanda de manufacturas se reduce en comparación con el de la productividad, y la participación del sector en la economía se estabiliza y a la larga empieza a disminuir. En las economías avanzadas de hoy día ese proceso de "desindustrialización" se dio cuando la productividad industrial y la renta habían alcanzado niveles muy elevados y las tasas globales de crecimiento económico eran relativamente rápidas, acompañados ambos hechos de un aumento constante del peso de los servicios, muchos de los cuales estaban estrechamente relacionados con las necesidades de la industria.

La industrialización sigue siendo importante para los países en desarrollo que se encuentran en los puestos inferiores de la escala de la renta. La presencia de economías de escala, los beneficios derivados de la especialización y el aprendizaje, así como una coyuntura favorable en los mercados mundiales, significan que la creación de sectores industriales de punta, junto con las correspondientes capacidades tecnológicas y sociales, sigue siendo uno de los grandes retos de la política económica. Con todo, puede haber grandes diferencias en lo que se refiere al momento y el ritmo

del desarrollo industrial de unos países a otros, que a su vez son reflejo de las diferencias en lo que atañe a la dotación de recursos, al tamaño de la economía y a la situación geográfica. En esas diferencias, que afectan también al ritmo y la estructura de la acumulación de capital y del crecimiento del comercio, también influyen muchísimo las políticas económicas que se decida adoptar.

La mayoría de los países en desarrollo se caracterizaron en las décadas de 1960 y 1970 por un aumento constante de las partes porcentuales del producto y el empleo industriales en el PIB. En algunas regiones, notablemente en América Latina, los incrementos fueron especialmente pronunciados gracias a la fuerte actividad industrial generada por la estrategia de industrialización basada en la sustitución de importaciones; en efecto, con la posible excepción de China, los países del Cono Sur eran, cuando estalló la crisis de la deuda, la parte más industrializada del mundo en desarrollo utilizando como indicador la parte porcentual de la industria en el empleo total. Este patrón se ha vuelto mucho menos uniforme desde entonces, y la desindustrialización prematura en un contexto de crecimiento lento pasó a ser un rasgo común a las diferentes partes del mundo en desarrollo.

Las economías del Asia oriental han seguido industrializándose a un rápido ritmo, alcanzando las NEI de la primera oleada niveles de productividad acordes con la madurez industrial a medida que una nueva generación de países de industrialización tardía de la región alcanzaban un crecimiento rápido caracterizado por el incremento de las inversiones y del valor añadido industrial tanto en términos absolutos como en proporción del PIB. En cambio, el estancamiento y declive del sector industrial ha sido la norma tanto en América Latina como en África, regiones ambas en las cuales la mayoría de los países han experimentado una caída gradual de la parte porcentual tanto de las inversiones como del valor añadido industrial en el PIB en una situación marcada por un crecimiento lento y errático. De una muestra de 26 países analizados en el *Informe* de este año, sólo 8 lograron incrementar la parte porcentual del valor añadido industrial en el PIB entre la década de 1980 y la de 1990, al mismo tiempo que

iba aumentando la parte porcentual de las inversiones en el PIB. En el Asia oriental este fenómeno ha sido muy acusado en las NEI de la segunda oleada. La República de Corea y la Provincia china de Taiwán han alcanzado las etapas más maduras de la industrialización, combinando tasas de inversión crecientes con porcentajes relativamente estables del valor añadido industrial en el PIB. En América Latina ninguna de las principales economías tenía al terminar la década de 1990 una parte porcentual del valor añadido industrial en el producto total superior a la de la década de 1970.

Este proceso de desindustrialización se interpreta a veces como un cambio favorable hacia un patrón de desarrollo más acorde con las dotaciones de recursos y las ventajas comparativas de las economías nacionales, después del período de industrialización "excesiva" y "derrochadora" que se vivió con las estrategias de sustitución de importaciones. Esa interpretación podría resultar válida para China, país donde la disminución del peso de la industria en la economía desde mediados de la década de 1980 ha estado asociada a una notable aceleración de la inversión y el crecimiento. En cambio, eso no es lo que ocurrió en los principales países latinoamericanos, con la excepción de Chile. En este último país la industrialización también está muy por debajo de los niveles alcanzados por otros países ricos también en recursos naturales, por ejemplo las economías escandinavas, cuando tenían niveles de renta comparables.

En los países que se han industrializado con éxito el aumento de la parte porcentual tanto de la inversión como del valor añadido industrial en el PIB también ha estado asociado al incremento de la parte porcentual de las exportaciones de manufacturas tanto en las exportaciones totales como en el PIB. En las economías en las que ha aumentado la participación en las redes internacionales que producen manufacturas tales como artículos electrónicos, automóviles y textiles y prendas de vestir, las exportaciones de manufacturas han crecido mucho más que el valor añadido industrial a causa del alto contenido de insumos importados de esas exportaciones. Esto ha ocurrido, por ejemplo, en Malasia. En cambio en China se produjo a la vez una pequeña disminución de la parte porcentual del valor añadido

industrial en el PIB y un fuerte incremento de las exportaciones de manufacturas en una situación marcada por el rápido aumento tanto de la inversión como del PIB.

En las economías cuya industrialización se ha quedado rezagada, la disminución de la parte porcentual de la inversión y del valor añadido industrial en el PIB ha coincidido normalmente con el estancamiento o la caída de la participación de las manufacturas en las exportaciones totales. Esto es lo que ha ocurrido en la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo, en México, al igual que en China, la parte porcentual de las exportaciones de manufacturas en el PIB sí aumentó durante la década de 1990 en comparación con la de 1980 como resultado de la mayor participación de la economía mexicana en las redes internacionales de producción, mientras que la parte porcentual del valor añadido industrial en el PIB disminuyó. No obstante, al contrario de China, el crecimiento del PIB mexicano ha sido bajo, hasta el punto de que la tasa anual media de crecimiento del PIB por habitante apenas superó el promedio latinoamericano. De hecho, un examen más detallado de la estructura industrial de la economía mexicana muestra que en algunos sectores como el de las prendas de vestir las exportaciones crecieron rápidamente, mientras que el valor añadido interno disminuyó; en cambio, en algunos otros sectores que no están integrados en redes internacionales de producción el crecimiento del valor añadido fue vigoroso, mientras que el de las exportaciones se situó por debajo de la media. En consecuencia, a pesar de varios años de reformas económicas, del acceso privilegiado al mercado más grande y más dinámico del mundo industrial y de las cuantiosas entradas de inversiones extranjeras, la economía mexicana ha sido incapaz de establecer un proceso dinámico de industrialización y crecimiento económico.

El comercio y la competitividad

En los últimos años la competitividad internacional ha proporcionado elementos para entender cómo están conectados la industria, el comercio y el desarrollo. No obstante, debe tenerse cierto cuidado al aplicar este concepto a los retos económicos que deben

afrontar los países en desarrollo. En primer lugar, en términos estrictos, el concepto puede resultar útil para definir la posición de unas empresas frente a otras, pero no para efectuar comparaciones entre las economías en su conjunto o incluso entre industrias que comprenden muchas empresas con características diferentes. Muchos países que poseen empresas altamente competitivas en ciertas industrias consideran necesario proteger a otras contra la competencia extranjera, y esto es un hecho cierto prácticamente a cualquier nivel de industrialización y desarrollo que sea. Además, desde la perspectiva de las empresas quizás les importe poco que se consiga mejorar la competitividad internacional por medio del crecimiento de la productividad, de recortes salariales o de una devaluación de la moneda, pero desde un ángulo socioeconómico más amplio esos tres factores tienen consecuencias totalmente diferentes para el bienestar y la estabilidad económica y social. Por último, la competitividad es un concepto relativo, y además surge otro problema: es imposible que todos los países mejoren simultáneamente la competitividad de sus empresas de una determinada industria. Por otra parte, el éxito de varios países en desarrollo en aumentar simultáneamente la productividad y los salarios puede mejorar su bienestar económico global sin que ello altere la competitividad relativa de esos países en los sectores de que se trate.

El verdadero reto para los países en desarrollo desde esta perspectiva es cómo combinar un crecimiento vigoroso de la productividad con un aumento del empleo, un crecimiento de los salarios reales que no supere el de la productividad y que amplíe los límites de la balanza externa, y un tipo de cambio nominal que mantenga la paridad del poder adquisitivo. Esta dificultad se ha afrontado con mayor o menor éxito en distintas partes del mundo en desarrollo a lo largo de las dos décadas pasadas.

En el Asia oriental el patrón del cambio estructural ha ido acompañado de una mejora notable y continua de la productividad en toda una serie de sectores industriales, que en la mayoría de los casos ha permitido a estos países colmar la distancia que les separaba de los países a la cabeza del progreso tecnológico. La mayor parte de los

países de esta región, pero especialmente la República de Corea y la Provincia china de Taiwán, han logrado en todo momento basar la expansión de su comercio exterior en un crecimiento vigoroso de la productividad. El hecho de que esto fuera compatible con un rápido aumento de los salarios reales y unos tipos de cambio relativamente estables es una clara indicación de su lograda integración en la economía mundial. Las NEI de la segunda oleada y China han repetido el mismo patrón, aunque con menos vigor, pues sobre todo en los sectores integrados en redes internacionales de producción el crecimiento de la productividad del trabajo y de los salarios fue muchísimo menor que el de las exportaciones.

Fuera del Asia oriental, la depreciación del tipo de cambio y las restricciones salariales han sido las dos vías mucho más utilizadas para conseguir una mayor competitividad. Pero ninguno de los países que las siguieron logró aumentar de forma constante el crecimiento de las exportaciones y del valor añadido en la misma medida que los países que lograron aumentar la productividad y los salarios mediante un proceso virtuoso de acumulación de capital y de crecimiento del empleo.

En América Latina, en la mayoría de los países la productividad general de la industria disminuyó o se mantuvo estancada y el nivel de los salarios bajó durante la década de 1990. En algunos casos sí mejoró la productividad general de la industria como resultado más de los recortes de plantillas que de la inversión realizada y el aumento del empleo. Incluso en países que son importantes exportadores como México, el crecimiento de la productividad en la industria fue pequeño y los salarios se estancaron. La competitividad de los fabricantes de muchos países de la región se vio además mermada por las fuertes apreciaciones de sus monedas, particularmente en la Argentina, el Brasil y el Perú.

En la mayor parte de los países latinoamericanos en que la debilidad de la inversión frenó el crecimiento de la productividad y el progreso tecnológico, la rápida apertura a la competencia internacional y a la entrada de la IED contribuyó a modificar la

estructura de la producción en detrimento de los sectores con un mayor potencial de crecimiento de la productividad y en favor de los que producen o transforman recursos naturales. La demanda de trabajo también disminuyó al ir aumentando la densidad de capital de las industrias que fabrican manufacturas a partir de recursos naturales. En una serie de países se produjo una caída particularmente acentuada de la productividad en sectores tradicionales intensivos en trabajo tales como los textiles y las prendas de vestir. En las industrias en que hubo un incremento de las inversiones a causa de la integración en cadenas internacionales de producción se dio en general un claro aumento del contenido de tecnología de las exportaciones sin un aumento equivalente del valor añadido creado en el país. En los sectores intensivos en investigación se ensanchó considerablemente la brecha de productividad con respecto a los países a la punta del progreso tecnológico. En cambio, es un hecho notable que ciertas industrias que han seguido recibiendo apoyo gracias a políticas industriales de uno u otro tipo han visto mejorar considerablemente el crecimiento de su productividad y de su comercio exterior.

Los datos empíricos sobre la especialización internacional llevan a afirmar que los países en desarrollo se están pareciendo cada vez más a los principales países industriales en lo que se refiere a la estructura de sus exportaciones pero no a la estructura de su valor añadido industrial. La disparidad entre ambos grupos de países a este respecto es sumamente grande en el caso de los países que participan en redes internacionales de producción, y aún mayor en América Latina que en el Asia oriental. Solamente las NEI de la primera oleada, y sobre todo la República de Corea y la Provincia china de Taiwán, han logrado mejorar a la vez la estructura de su producción y la de sus exportaciones acercándolas a las de los países industriales avanzados, y lo han conseguido poniéndose a fabricar una gama relativamente amplia de productos de alta y media tecnología. En la mayoría de los países de América Latina y África, tanto la producción industrial como las exportaciones siguen estando dominadas por los productos obtenidos de la explotación de recursos naturales.

En los países estrechamente vinculados a redes internacionales de producción, las exportaciones de manufacturas son mucho más dinámicas e intensivas en tecnología que el valor añadido industrial interno. Esta diferencia entre la intensidad de tecnología del valor añadido interno y la de las exportaciones de manufacturas se explica en gran parte por el alto contenido de importaciones (intensivas en tecnología) de esas exportaciones. El valor añadido interno refleja el peso de las actividades intensivas en trabajo no cualificado en el proceso de producción de bienes que son predominantemente intensivos en tecnología o en capital. De aquí que la creciente semejanza de la estructura de las exportaciones de los países en desarrollo con la de las exportaciones de los países industrializados sea en el fondo una ilusión que tiene su origen en la doble contabilización de las exportaciones de bienes intermedios de alta tecnología.

Retrato estilizado de la diversidad en el campo del desarrollo industrial

El análisis comparado que se hace en el presente *Informe* de las tendencias en los ámbitos de la formación de capital, el crecimiento y la industrialización desde principios de la década de 1980 en América Latina y Asia traza un retrato estilizado del estado en que se encuentran las economías en desarrollo en relación las unas con las otras:

Industrializadores maduros: este grupo incluye las NEI de la primera oleada, en particular la República de Corea y la Provincia china de Taiwán, que han alcanzado ya la madurez industrial gracias a la rápida acumulación de capital, al crecimiento del empleo, la productividad y el producto industriales, así como a las exportaciones de manufacturas. La parte porcentual del producto industrial en el PIB de estas economías sigue siendo superior a la de los países avanzados, pero el crecimiento industrial ha empezado a ralentizarse.

Industrializadores rápidos: son los países en los cuales la parte porcentual del sector industrial en el producto, el empleo y las exportaciones totales sigue aumentando, como resultado de las cuantiosas inversiones y de la sustitución paulatina de actividades intensivas en trabajo basadas en la explotación de recursos naturales por la fabricación de productos de tecnología intermedia. Este grupo incluye las NEI de la segunda oleada y, en menor medida, China y tal vez la India.

Industrializadores de enclave: este grupo comprende los países que también han dejado de depender de las exportaciones de productos básicos al vincularse a cadenas internacionales de producción con una elevada utilización de maquinaria e insumos importados. Sin embargo, en general arrojan cifras bajas en lo que se refiere a inversiones, valor añadido y crecimiento de la productividad.

Desindustrializadores: este grupo incluye la mayoría de los países de América Latina, que han alcanzado un cierto grado de industrialización pero han sido incapaces de mantener un proceso dinámico de cambio estructural mediante unas tasas rápidas de acumulación de capital y crecimiento. En un contexto de rápida liberalización, en muchos de estos países ha disminuido la parte porcentual del sector industrial en el empleo y el producto totales y ha habido un retroceso a actividades menos intensivas en tecnología. En algunos países de este grupo, en especial en Chile, el patrón de desindustrialización no ha sido tan destructivo como resultado de una rápida tasa de inversiones, que ha acelerado el crecimiento basado en la explotación de recursos naturales, aunque se puede decir que este proceso ha llegado a su límite.

Países de cualquiera de estos grupos pueden también compartir algunas características con países pertenecientes a los otros dos grupos. Por ejemplo, China y Malasia han aumentado sus exportaciones de manufacturas mucho más deprisa que el valor añadido por el hecho de participar en redes internacionales de

producción, pero, al contrario de México, su tasa de inversión y su tasa de crecimiento son impresionantes. También se dan casos dudosos entre los industrializadores rápidos y los desindustrializadores: Turquía, por ejemplo, está más próxima a los primeros, mientras que Colombia lo está a los segundos.

Nueva lectura del consenso de Washington: la teoría y la práctica

América Latina y el Asia oriental han seguido sendas de desarrollo diferentes en los últimos dos decenios. Resulta notable observar que todos los principales países latinoamericanos se encuentran en los grupos que carecen de dinamismo en lo que se refiere a industrialización, cambio estructural y crecimiento de la productividad, mientras que la mayoría de las principales economías del Asia oriental están en distintas etapas del camino hacia la industrialización exitosa. Con pocas excepciones, los países pertenecientes a la primera región han sido incapaces de eliminar los obstáculos estructurales a una acumulación y un crecimiento rápidos y sostenidos.

Entender las diferentes trayectorias requiere ciertamente conocer bien las circunstancias y la historia de cada país. Pero también han jugado su papel las decisiones institucionales y económicas, sobre todo cuando, como en el caso de América Latina, ha habido discontinuidades pronunciadas al haberse pasado rápidamente de una estrategia de desarrollo hacia dentro a otra de desarrollo hacia fuera.

La nueva estrategia seguida en América Latina puede vanagloriarse de cierto éxito. Con ella se ha logrado controlar la inflación y establecer un grado razonable de disciplina monetaria y fiscal. Sin embargo, el historial en términos de crecimiento, empleo y reducción de la pobreza ha sido desalentador. La experiencia no confirma la lógica en que se apoya la nueva política, según la cual la estrategia de crecimiento basada en la sustitución de importaciones se podía sustituir eficazmente por una estrategia de desarrollo hacia fuera impulsado por la acción del mercado solamente con eliminar la

inflación, reducir el tamaño del sector público y abrir los mercados al comercio exterior y el capital extranjero.

Estos resultados desalentadores se han achacado a las lagunas que habría en el programa inicial de reformas, a errores en las políticas aplicadas y al hecho de no haber dado el salto a las "reformas de la segunda generación", esto es, a lo que no se hizo más que a lo que se hizo. Sin embargo, al pasar por alto variables macroeconómicas fundamentales más tradicionales, tales como la demanda agregada, los tipos de interés reales y los tipos de cambio reales, las políticas y las reformas institucionales que se decidió aplicar con el fin de eliminar las distorsiones provocadas por la acción del Estado lo que han hecho ha sido debilitar las perspectivas de crecimiento a largo plazo. La nueva estrategia seguida no ha traído consigo un entorno macroeconómico apropiado que impulsara a los inversores y las empresas a fomentar y apoyar la creación, expansión y mejora de la capacidad productiva y que al mismo tiempo desatara las fuerzas de la competencia mundial. En otras palabras, las reformas económicas no han tenido éxito porque el elemento "creador" del proceso schumpeteriano de "destrucción creativa" tampoco ha aportado una transformación real de la estructura productiva mediante cifras más elevadas de inversión y el cambio tecnológico:

- Aunque las políticas de estabilización basadas en intervenciones en el tipo de cambio lograron reducir la inflación mediante el recurso a las entradas de capital, las consiguientes apreciaciones de las monedas y las oscilaciones de los tipos de cambio, junto con los tipos de interés elevados necesarios para atraer al capital extranjero, hicieron que las condiciones monetarias en América Latina en la década de 1990 fueran demasiado severas e inestables para que ofrecieran una base sólida a la acumulación de capital. Un índice que combina el tipo de cambio real y el tipo de interés a corto plazo real pone de manifiesto que las condiciones monetarias en América Latina fueron mucho más severas que en el Asia oriental en todo el decenio

de 1990, mientras que ambas regiones disfrutaron de condiciones similares en las décadas de 1960 y 1970.

- La liberalización del comercio y el sector financiero, junto con el inicial y repentino aumento de la demanda y del crecimiento originado por una rápida desinflación, hizo que empeorara la balanza externa, en tanto que la deuda exterior volvió a aumentar, mucho más que la capacidad de pagar su servicio. Esto, añadido a las mayores entradas de IED, significó que los pagos o servicios imputables a factores se convirtieron en una partida cada vez más cuantiosa de la balanza por cuenta corriente, lo que a su vez exigió una gran deflación para lograr el ajuste externo. Mirándolo bien, las entradas de IED han contribuido a la inestabilidad financiera, ya que han hecho aumentar las obligaciones externas sin generar la capacidad necesaria para atenderlas.
- Las balanzas fiscales también han empeorado porque la partida por concepto de intereses del gasto público ha aumentado con la emisión de deuda nueva a tipos de interés más altos. Esto ha estrechado el margen de maniobra para hacer ajustes fiscales sin deprimir la actividad económica interior ni reducir la recaudación de impuestos, pero a la vez ha hecho aumentar la cuantía de los déficit que es preciso financiar.
- La liberalización de la cuenta de capital y las corrientes de capital han causado serias perturbaciones en los mecanismos utilizados para realizar el ajuste fiscal y el de la balanza de pagos. Las entradas excesivas de capital han vuelto inoperantes los mecanismos de ajuste, en tanto que las salidas excesivas han provocado un desbordamiento deflacionario.
- Las contradicciones de las políticas aplicadas en las esferas de la macroeconomía, el comercio, la IED y el sector financiero han contagiado al patrón de los cambios

estructurales. Los intentos por poner en pie sectores tecnológicamente complejos similares a los existentes en las economías avanzadas se han visto perjudicados, al tiempo que la baja productividad en sectores más intensivos en trabajo ha hecho que aumentase la competencia proveniente de las economías con salarios menores. La presión originada por esos factores ha llevado a la desindustrialización en América Latina, en una situación marcada por la reducción de plantillas y un crecimiento flojo.

En consecuencia, aunque es cierto que las nuevas políticas han conseguido desterrar el modelo anterior, tampoco han proporcionado una alternativa floreciente. Más preocupante aún, por lo que hace a las perspectivas futuras, ha sido la pérdida de autonomía de las políticas, tanto en el ámbito microeconómico como en el ámbito macroeconómico, y el estrechamiento del margen de maniobra para decidir qué políticas aplicar. Replantearse las opciones exige hacer un examen sincero del historial económico de las dos décadas pasadas y de la experiencia de los países que han tenido más éxito con la industrialización y el desarrollo. También requiere abandonar las generalizaciones para tener en cuenta en cambio la diversidad de condiciones y problemas que afronta el mundo en desarrollo.

Como muchas cosas dependen de que los países alcancen su tasa potencial de crecimiento, se necesitará un abanico más amplio de políticas más estratégicas que ayuden a obtener tasas de inversión más altas y a fomentar el progreso tecnológico. Harán falta políticas activas, particularmente en aspectos tales como el apoyo a la industria, el progreso tecnológico y las infraestructuras públicas, políticas todas ellas que deberán estar adaptadas a las circunstancias especiales de cada país.

En muchos casos, para aliviar las limitaciones que impone la balanza de pagos será preciso reducir la dependencia del capital extranjero y fomentar unos vínculos más estrechos entre la inversión y las exportaciones. Esto significa adoptar una agenda más activista en el campo del comercio y el de la inversión, agenda que habrá de tener

en cuenta las realidades del sistema comercial actual. Las previsiones de lo que pueda conseguir la IED en el contexto presente deben ser más realistas. Es preciso encontrar formas de mejorar la contribución de la IED a la tecnología, la productividad y las exportaciones. Esto obligará a reconsiderar los criterios de la política relativa a la IED aprovechando las lecciones de experiencias más exitosas.

Una salida viable a este círculo vicioso de inversión y crecimiento bajos e inestables, tipos de interés altos y endeudamiento creciente requerirá probablemente medidas directas para reducir la carga del servicio de la deuda.

Como mínimo, y justo cuando vence el último de los bonos Brady, urge aplicar criterios nuevos para solucionar el problema de la deuda pendiente, entre ellos la renegociación de los tipos de interés a niveles más cercanos a los rendimientos reales que pueden obtenerse de la inversión del dinero y la reducción de la deuda interior y exterior a cifras que no comprometan el objetivo de un crecimiento rápido y sostenible y el de la reducción de la pobreza a niveles acordados internacionalmente.

Rubens Ricupero
Secretario General de la UNCTAD